

## Los vascos en la agricultura. A Petra Elorriaga la sembraron en Chirgua

*Los vascos en Venezuela, 1967.*

Amona Petra entró a Venezuela como Petra Elorriaga.

Pero si preguntan por Petra Elorriaga en Kolasiño (Bedia), o en todo el valle de Arratia, nadie sabe quién es. Ella que nació en Larrabezua y se casó a Kolasiño, al caserío "Eperrena", y vivió allá hasta los 65 años que trajo a Venezuela, no tiene en todo el valle de Arratia quien con el nombre de Petra Elorriaga le recuerde la cara o la voz. Para eso, para que le recuerden la voz y la cara en el Valle de Arratia y en Bedia (Kolasiño), tiene que mentarla como Petra "Eperra".

Petra Eperra vivió en Venezuela 7 años, hasta sus 72. La vida no le alcanzó para más. Murió, sin haber estado nunca enferma antes, hace ahora diez años, y la enterraron en el cementerio que hay en Chirgua, muy lejos de "Eperrena", en Kolasiño, donde nacieron tantas y tantas generaciones de "Eperra".

Por eso digo que a Petra Elorriaga la sembraron en Chirgua. Todos los "Eperra" de la generación de Cosme Meabe, su marido, habían ya cruzado el mar; se fueron a California; todavía viven algunos allá con sus familias; pero Cosme (y con Cosme, Petra) quedaron guardando "Eperrena" para que pudiese seguir dando más hijos a América. Esto fue así hasta que murió Cosme. Entonces cuando ya no tenía marido que cuidar, tomó la precaución de dejar un "Eperra" en el caserío y partió, vieja y todo, a la aventura ya familiar de América, y se embarcó con dos de sus hijos y una nieta para Venezuela.

Don Luis Rodríguez Azpúrua llegó a Bedia por Navidad de 1949.

No fue a buscar a Petra "Eperra", por supuesto.

El había salido desde Venezuela como representante del Instituto Agrario Nacional para contratar campesinos con destino a un asentamiento en Chirgua, en el Estado Carabobo; pero no campesinos vascos, y menos una "baserritarra" de la edad de Petra.

Pero en esta vida todo, o casi todo, está sujeto a las leyes inconstantes y hasta sorprendidas del azar.

El señor Rodríguez había contratado campesinos canarios en las islas, porque éstos son los que, por el clima y por otras circunstancias geográficas y humanas, se adaptan mejor al campo venezolano. Campesinos vascos, de los que están hechos a las nieves y a las heladas y a las lluvias de cinco y seis meses y los veranos cortos de dos meses o tres, no podrían cuadrar en la geografía de la hacienda que el IAN quería poblar para sembrar la papa que necesitaba su país. Pero el señor Rodríguez Azpúrua llegó hasta Deusto a visitar a los Chalbaud, quienes habían fundado una industria metalúrgica en Caracas, y algo de lo que le dijeron en Deusto o algo que vio él mismo en ese viaje le hicieron cambiar de idea acerca de la adaptabilidad de los campesinos vascos al trópico. Llegó un día a Bedia y comenzó a entrevistar campesinos que estuvieran dispuestos a trabajar en Venezuela.

Eso sí, lo que él necesitaba eran matrimonios jóvenes, capaces de adaptarse a otra tierra y a otros procedimientos de trabajo. Y ya que estaba saliéndose de las normas de elegir gente acostumbrada al clima tropical, al menos que fuesen matrimonios jóvenes, capaces de adaptarse fácilmente a condiciones desacostumbradas. ¡Nada de viejos! ¡Nada de hombres solteros tampoco!

Y se le presenta Bixente Meabe, de 37 años, soltero.

No, no él no era candidato para Chirgua.

Sin embargo, Bixente insiste en que quiere probar la América, y dice al señor Rodríguez Azpúrua que es verdad que él no tiene mujer, pero tiene una hermana, Pantxike, que vendría con él, y tiene una sobrina que también le acompañaría, Bakarne, y que, además, si hacía falta algo para redondear la familia, estaba dispuesto a arrancar del viejo y sólido árbol de los "Eperra" en Kolasión (Bedia), en el valle de Arratia, la vieja raíz de Petra "Eperra", su madre, y llevársela también a sembrar papas a... eso... a Chirgua, o donde fuese.

Y así llegó Petra, con sus dos hijos y su nieta, el 11 de marzo de 1950 a Puerto Cabello, a bordo del barco "Portugal", en compañía de siete familias vascas más que constituían la pequeña expedición con destino a Chirgua.

El barco atracó en Puerto Cabello.

Y de pronto, después de aquel largo viaje por mar, los campesinos vascos se encontraron en otro mundo.

Había que enfrentarse a todo aquello con decisión. Ellos traían, sobre todo, el miedo a la culebra y al calor, los dos fantasmas que les describieron antes de salir. Pero se dieron cuenta que el clima de Chirgua era bueno, y que, como ocurre siempre, la realidad era menos feroz que el fantasma. En cuanto a la tierra, es verdad que el valle no era un campo de papas limpio, esperándoles para la siembra, como se imaginaron, sino todo un valle del que una parte estaba aún sin desforestar. También les sorprendieron las plagas, que allá, en sus caseríos de Euzkadi, el frío se encarga de matar durante el invierno.

Total, que había que ajustarse a una nueva realidad.

Todo el valle de Chirgua era una hacienda de café, llamada "Emilia". Lo primero que había que hacer aquí era desforestar. El IAN tumbó los árboles que estaban aún de pie, y ellos se dedicaron al duro trabajo de arrancar las raíces y sacar las piedras, que algunas eran descomunales. Viniendo de un pueblo en el que el árbol tiene un significado reverencial, les dolía ver destruir tantos, aunque fuesen de una especie que ellos no habían conocido antes: el cafeto. Luego, para terminar, los campesinos venezolanos y los funcionarios del IAN les dijeron que había que limpiar aquello a fuego.

¿A fuego?

¡A fuego!

Y vieron cómo algunos vecinos estaban prendiendo fuego a sus parcelas. Ellos, los ocho, que estaban unidos y solos, como deben sentirse las ramas de un tronco de roble recién tumbado en medio de una hacienda de puro café, se decidieron a prender fuego a las parcelas.

¡Todavía, aunque de esto han pasado 17 años, están asustados!

El valle, a lo largo del río Chirgua, prendió como una mecha, y luego, las lenguas de fuego salieron cerro arriba como demonios. Los ocho campesinos vascos que habían tomado la decisión, y Petra "Eperra", por supuesto, y Amona Petra "Potxua", que también era del grupo, y todas las demás mujeres y los niños, metidos todos en sus casitas de bloques, pasaron la noche asustados, seguros de que habían prendido fuego a toda Venezuela.

¡Cómo estarían rezando las dos amonas a su Jaungoikoa!

Luego, después del susto y las oraciones, los campesinos se quedaron varios días esperando a las autoridades que vendrían a prenderlos.

Pero nadie los molestó.

Ya entonces comenzaron a sospechar del tamaño del país, y supieron del recurso indispensable que es el fuego entre los campesinos sin herramientas y sin medios.

Ya cuando el valle estuvo libre de fuego, y de los cafetos, los linderos de las parcelas estuvieron más claros.

El valle de Chirgua estaba entonces, y está ahora, dividido en tres colonias: la "Paredaña", la "Chirgua" y la "Emilia".

La colonia "Paredaña", está ocupada por campesinos criollos.

Para las restantes llegaron campesinos daneses (que después de un tiempo regresaron a su país) y canarios, italianos, cubanos y vascos.

Las parcelas son de más o menos 10 hectáreas, y cada una estaba dotada de una casita. Los ocho campesinos vascos se las adjudicaron por sorteo. Y el sorteo dio esta vez resultados muy lógicos, puesto que hizo coincidir en los linderos de las tierras a aquellos que ya estaban vinculados de cerca por la sangre. Así, los dos hermanos Meabe quedaron juntos, al final del valle, y los hermanos Zenarruzabeitia quedaron pegados en las primeras parcelas.

Así, la parcela N° 1 quedó adjudicada a Mikel Zenarruzabeitia y su esposa, Juli Izurza, que habían llegado con Karmele, una hijita de 2 años. Después les fueron naciendo aquí: Bakarne, que ahora está estudiando bachillerato, y Miren Julene, que está en 6° grado.

La parcela N° 2 tocó en suerte a Ramón Atutxa y Angeles Atutxa de Atutxa, quienes llegaron con una hijita de 5 años, María Angeles; aquí les nació su hijo Jon. Estos son los únicos parceleros vascos que dejaron Chirgua. Están ahora viviendo en Valencia.

La parcela N° 3 fue adjudicada a Isidor Zenarruzabeitia y a Asun Urigoitia, quienes llegaron con Amona "Potxua": Petra Aboitiz Araluze, viuda de Zenarruzabeitia y madre de todos los Zenarruzabeitia que vinieron al valle de Chirgua. Amona "Potxua" ("Potxua" porque era de Lekeitio, "Potxu erri") llegó de 69 años, con cuatro más que Petra "Eperra", y por tanto, era la más anciana de la expedición; ella compartió la vida de pionero con Amona "Eperra" durante cinco años. A los cinco años de estar en Chirgua, a Amona "Potxua" le entró la nostalgia de la tierra, y regresó. Regresó para quedarse, puesto que murió en Euzkadi de una dolencia del corazón.

La parcela N° 6 correspondió al tercer hermano de los Zenarruzabeitia, a Imanol, quien llegó con Karmele Esturo, con quien se había casado justo para venir a Venezuela.

A los ocho meses de llegar al valle de Chirgua nació la primera nueva venezolana del grupo: Maite. Luego vino Sabin, su hermano.

La parcela Nº 8 tocó en suerte a Juan Marzana y a Soledad Biteri, quienes llegaron sin hijos. Aquí les nació el único hijo que tienen: Hugo Valentín.

La parcela Nº 9 correspondió a su hermano, Vicente Marzana, quien vino acompañado de su esposa, Edurne Zenarruzabeitia, y dos hijos: Javier, que tenía 6 años, y Gotzone, que tenía 4. Vicente murió hace 5 años, a los 44 de edad.

El y la amona Petra "Eperra" son los dos agricultores vascos de esta expedición que hasta ahora han quedado sembrados en Venezuela.

La viuda de Marzana y sus hijos siguen al frente de sus tierras.

La parcela 10 tocó a Iñaki Meabe y Kontxa Zenarruzabeitia, quienes vinieron con sus tres hijos: Iñaki, Begoña (quien fue electa reina del Deporte Venezolano el año pasado) y Koldo. Aquí, en Chirgua, les nació Joseba.

La parcela siguiente, la última correspondió a su hermano Bixente Meabe, soltero, quien trajo, como hemos dicho, a su hermana Pantxike, su sobrina Bakarne, y su madre, Petra "Eperra". Pantxike se casó aquí con Juan Luis Barroeta, de Galdakano, y han tenido tres hijos chirguños: Jon, Gentizane y Bingen. La sobrina Bakarne se casó aquí con Joxe Mari Uzkanaga, y tienen en Valencia, donde viven, dos hijas: Illergi y Eguzki.

Además de estar emparentados, estos ocho campesinos vascos que llegaron del valle de Arratia a sembrar papa al valle de Chirgua tienen otra vinculación muy sólida.

Cuando un funcionario de IAN les preguntó si traían antecedentes penales que garantizaran su conducta, tuvieron que *confesar* orgullosamente que los ocho eran ex-presos.

¿Ex-presos?

Sí, los ocho habían sido gudarís en la guerra de Euzkadi, y los ocho habían pasado meses y años en las cárceles purgando su pecado de querer a su patria.

El padre de los Zenarruzabeitia fue fusilado por nacionalista vasco.

Para Venezuela, y en lo que toca a lealtad y a honradez, no podía haber mejor recomendación.

Esas tierras hubo que limpiarlas de piedras y de raíces, y hubo que prepararlas para sembrarles la papa. Un trabajo gigantesco. Los ocho campesinos vascos se arrimaron el hombro: se les unió un tractor, que si no, no terminan nunca. Después, para sembrar y para cultivar y para arrancar la papa regresaron a la vieja práctica de sus bueyes. Y se dio la primera cosecha.

La papa la llevaron a Caracas y buscaron su mercado, y no les fue tan mal.

Después, la siembra de papa ha tenido muchos altibajos. No siempre las importaciones de papa han seguido el ritmo que pedía, y exigía, una protección inteligente de la siembra en Venezuela. En 1958 perdieron, sólo entre los dos hermanos Meabe, 109.000 kilos. A los demás les tocó un desastre parecido.

Este no es el lugar, ni la ocasión para analizar un problema que se ha comenzado a superar, poco a poco.

Pero esto sirve para explicar que los campesinos vascos están hoy diversificando su trabajo también hacia la cría de gallinas y la venta de huevos. Ellos calculan que tienen

actualmente entre las siete familias unas 100.000 gallinas que les producen cerca de 40.000 huevos diarios, que despachan a Caracas y San Cristóbal, sobre todo. Siguen sembrando papa todavía, que despachan a Caracas y Maracaibo, y siembran algún maíz que venden a "Protinal". Pero ya la papa no tiene, y por culpa de esta falta de coordinación que tanto perjudica al campesino como al propio país, la importancia que tuvo al comienzo.

Y están sembrando naranjos, que ya alcanzan a unos 5.000 y el proyecto tiene la meta de unas 14.000 matas.

Estos no son, por supuesto, los únicos campesinos vascos que están trabajando la tierra en Venezuela.

Hay agricultores vascos en este mismo valle de Chirgua que no llegaron con la expedición, como la familia Jayo: José Manuel y Mari, con sus cuatro hijos nacidos aquí: Amaya, José Manuel, Jon y Begoña. Hay agricultores en sitios tan distantes y diferentes como la Colonia Tovar (Andrés Basagoiti), Tocuyito (las familias Basterra, Izaguirre, e Ikarán, y Andrés Ibarra, de Azpeitia, y su esposa Rosario, de Gizaburuaga, de cerca de Lekeitio), en Naguanagua (Iñaki Usabel) y en el Zulia y en los Llanos y en los Andes.

Pero no se trata aquí, ni mucho menos, de hacer un recuento de todos los campesinos vascos que están dedicados a la tierra en el país, sino de mencionar brevemente a este grupo como un ejemplo de la diversa manera como el vasco se ha ido dando a la nueva tierra.

Porque, así como recibimos de los viejos cronistas las noticias de las huellas del vasco en América, tenemos nosotros la responsabilidad de escribir la crónica de la huella del vasco contemporáneo en Venezuela.